

pueblos. Pero la oposicion nos estrecha demasiado: nada se perdona para rodear al clero con los recelos y la desconfianza pública: la filosofía esgrime todo género de armas para combatir á la Iglesia. ¿Callaría yo, cuando la experiencia práctica no es ménos fecunda en pruebas, que la razon especulativa, sobre la bella causa de las instituciones católicas? No seré muy prolijo, pero sí procuraré fijar vuestra atencion, aunque pasajera-mente, sobre los efectos sociales del plan de enseñanza y educacion que acabo de bosquejaros: tambien tocaré algunos de los innumerables ejemplos de extravío, descrédito y desconcierto que tan abundantemente nos suministra la historia política del pasado siglo: ménos para persuadiros á vosotros, católicos verdaderos que nada disputais á vuestra madre, que para ser el órgano de vuestros propios sentimientos, y para defender en comun con vosotros y contra los reiterados ataques de tantos enemigos como se han conjurado al mismo tiempo contra la religion y la sociedad, la bella causa de nuestros principios y de nuestras esperanzas.

XVII.

Desde el principio del cristianismo empezó á obrarse en la sociedad una feliz revolucion, que apoderándose insensiblemente de todos los elementos antiguos que componian el sistema filosófico y político de las ideas, llegó á combatir el aspecto general de las ciencias y las artes, regularizó y dió mayor firmeza á las instituciones políticas, fijó los caracteres invariables de una historia que lleva el título de moderna desde que el Evangelio fué anunciado á los hombres. Un reino que no es de este mundo vino á plantearse en la tierra. Dirigido únicamente

á los últimos destinos de la criatura, traía su origen de los cielos y colocaba su fin en la eternidad. Sin embargo, no pudiendo separarse la conducta espiritual de la otra conducta, todo quedó sujeto al principio; y las ciencias, las artes, la legislación, la educación pública y privada, todo entró en los magníficos planes de la Iglesia, y sus designios quedaron tan unidos con los de la sociedad, que ni el poder temporal abandonaba el principio religioso, ni la Iglesia tampoco perdió nunca de vista las mejoras positivas y el verdadero progreso de la sociedad civil.

Una larga y profunda experiencia hizo comprender á los reyes lo mucho que importaba para la estabilidad de los gobiernos el influjo de la sociedad eclesiástica; y el particular estudio de las causas á que debían atribuirse resultados tan plausibles, persuadió plenamente á los sabios, que todo era debido á la enseñanza y educación, cometida casi generalmente á los ministros de la Iglesia. Con caracteres tan espléndidos fué reconocida la misión de la Iglesia; y la sociedad civil, menos exclusiva, pero más firme y segura en sus pretensiones, no llegó á dudar que la misión de la enseñanza y de la

educación de la juventud, estaba cometida por el Divino Fundador del cristianismo á este respetable cuerpo, que no lleva el título de *luz del mundo y sal de la tierra*, sino porque recibió desde el principio el doble tesoro de la ciencia y de la moral, y tomó á su cargo la importantísima custodia de la verdad y la virtud.

Becorred, señores, esas páginas ilustres que han ido consignando sucesivamente á la admiración y enseñanza de la posteridad las obras esclarecidas é inmortales del genio, del talento y de la virtud. Buscad el principio conservador de las obras maestras del arte y del saber antiguo, que han llegado hasta nosotros al través de las edades y á pesar de la pugna de los siglos, para borrar los vestigios del saber y la inteligencia. ¿Quién regularizó, decidme, la filosofía? ¿quién extendió indefinidamente el círculo de los conocimientos humanos? ¿quién desarmó la tiranía de los reyes? ¿quién enfrenó la osadía de las masas? ¿quién acabó con la barbarie antigua? ¿quién zanjó los cimientos de estas instituciones políticas que han tenido más orden, más regularidad y más apoyo? ¿quién ha convertido el poder público en un ministerio de paz y de bien? ¿quién ha dado á la Europa su derecho público?

¿quién ha sometido á una constitucion inviolable la conducta de los guerreros? . . . ¿Quereis más? Revolved esos códigos que han regido al mundo por tantos siglos, y preguntad por las escuelas y los maestros de sus autores: atended á esas naciones bárbaras, dócilmente sometidas á las instrucciones del clero, civilizadas por la moral religiosa, despues de haber hecho caer el imperio de Roma: ved esa multitud innumerable de establecimientos abiertos á la hambre, á la desnudez, á la ignorancia, á la humanidad herida por el dolor, á la mendicidad pública, á la infancia abandonada, á la hospitalidad universal: ved esa sociedad esparcida por el globo, que en ménos de tres siglos pasó la revista general de todas las ciencias, de todas las artes, de todas virtudes, y cuya extincion fué considerada como un golpe de muerte descargado sobre la ciencia, sobre la piedad y sobre las costumbres.

¿Cuáles fueron, decidme, las escuelas de los Padres de la Iglesia? ¿en qué colegios estudiaron los apologistas del cristianismo? ¿dónde pasaron su juventud literaria los genios más insignes que han dado mayor lustre á todos los ramos del saber humano? ¿á qué clase de profesores debieron su educacion literaria un Renato Descártes entre los

físicos, Malebranche y Pascal entre los metafísicos, Labruyere y Muratori entre los filósofos moralistas, Santo Tomas y Bussuet entre los teólogos insignes, D'Aguesseau, Domat y Pothier entre los grandes jurisconsultos, Rollin y el Adad Fleuri entre los historiadores? ¿Qué diré de la elocuencia y de la poesía? Recordar las escuelas de Racine, Delille, Massillon y Bourdaloue. Pero, señores, sin sentirlo he menoscabado la autoridad histórica de mi asunto, empeñándome en la cita de los grandes nombres: porque tratándose de la influencia del clero en el progreso de las luces, prolijo empeño seria el de recorrer uno por uno los personajes que han sacado de las escuelas eclesiásticas el esplendor purísimo que han deramado por el mundo. En este punto, es necesario sin duda sustituir las instituciones á las personas, y los siglos á los colegios; recordar que los eclesiásticos ilustres preparaban los reinados célebres, recibiendo á su cargo la educacion de los príncipes; que la Iglesia, y solo ella, sacó por segunda vez de la nada la luz de las letras profundamente undidas en la noche de la edad media; sostener con toda la firmeza de la conviccion, que ninguno de los grandes genios que han ilustrado con sus obras eminentes la carrera de diez y siete siglos, desconoceria sin

ingratitude la enseñanza y la educación de la Iglesia, como su primera cuna; citar para gloria de tan buena causa los bellos siglos de Leon X y de Luis XIV; y recordar que un monarca filósofo, lejos de ceder á las inspiraciones de sus amigos, cuando pretendian indisponerle contra la educación eclesiástica, abrió sus estudios á la Compañía de Jesus, para poner en sus manos la educación del pueblo en los instantes críticos en que una parte de la Europa acababa de hacer á ésta el más completo despojo de esta misión ilustre que habia desempeñado con tanta gloria (1).

Estas épocas ilustres son tan favorables á la causa del clero por su esplendor científico y literario como el siglo décimo octavo por el trastorno absoluto de los principios y la perversidad suma de las doctrinas. Están aún por aparecer los genios que han de opacar el esplendor de aquellos que han sacado su luz de los colegios eclesiásticos, y parece que á medida que el siglo mejora su criterio, se inclina más á la causa

(1) Véase la nota C puesta al fin.

de la educación religiosa (1). El autor del *Genio del cristianismo* parece haber consagrado su vida á la persuasión de estas grandes verdades, y las páginas más bellas de este libro inmortal son inconcusamente aquellas que indemnizan á la Iglesia de esos amargos reproches que le han hecho los filósofos incrédulos, cuando se trata de las causas que aceleran ó retardan los progresos del entendimiento humano.

Permitidme que no concluya esta reseña histórica, sin consignar, aunque en extracto, las principales ideas sobre este punto que hallo en un libro (2) de grande celebridad en el día, y de no poca autoridad, aun para aquellos que se han filiado bajo la bandera del progreso." El clero ha constituido la Europa moderna: tuvo la misma autoridad sobre los pueblos y sobre los reyes. Durante los cuatro primeros siglos en que el mundo entero se disolvía para rehacerse, el clero fué el vínculo de la sociedad humana. . . . En el siglo quinto, cuando la irrupción de los

(1) Véase la nota D. puesta al fin.

(2) *Dictionnaire de la conversation et de la lecture* artiel. CLERGE.

bárbaros sobre el Occidente, el clero fué quien protegió á los pueblos por el ascendiente de su palabra, preparando el fenómeno, único en la historia de las conquistas, de que los vencidos adquiriesen el más pleno dominio sobre sus vencedores, con solo el hecho de imponerles sus creencias: obteniendo así la servidumbre el más bello triunfo sobre la victoria. El clero fué quien dominó la barbarie, organizando la libertad, ya que no le fué posible organizar el poder; y siendo el protector grande del pueblo contra todas las iras. Después de los tiempos críticos en que las incursiones de los Normandos, las querrelas de los príncipes y la confusión de los derechos, hicieron caer sobre el clero las espesas sombras de la barbarie, de la corrupción y de las desgracias de la época, el elemento de la conservación, que no estaba condenado á sucumbir en las vicisitudes humanas, el espíritu de religion, levantándose por entre la borrascosas sombras, é imponiendo silencio á todos los elementos conjurados contra la suerte de la sociedad, puso fin á todos los trastornos, y allanando todos los obstáculos para dejar libre la carrera de las luces que iban á reaparecer, volvió á colocar al clero en su debido rango. Ya desde el siglo XII la palabra clero pasó á ser sinónimo de ciencia; y clé-

rigo importaba tanto como sabio y estudioso. Bien pronto comenzaron los grandes trabajos en el silencio de los claustros, y á estos trabajos debemos la mayor parte de los monumentos de la literatura griega y romana.

Es preciso detenernos á reflexionar un tanto sobre el estado moral de los pueblos en los siglos trece y catorce, si queremos formarnos una idea de los esfuerzos que debieron hacerse en la Iglesia, no ménos para conservar intactas las grandes nociones de la justicia y de la virtud humana, que para impulsar y sostener la marcha del mundo por los entónces estrechos y espinosos senderos de la civilizaci6n. Sin el clero no se hubiera conocido en el mundo, sino la dominaci6n de las armas; pero con él esta dominaci6n adquirió un temperamento consolador. Mientras los señores ejercitaban á todo viento y marea el terrible derecho de la espada, el clero llamaba hácia los hombres los derechos de la humanidad, bien así como, en el torbellino de aquellas rivalidades sangrientas que más de una vez desolaban á la Europa, el clero tuvo siempre nobles palabras de libertad que arrojar á los tiranos. Los Obispos fueron los protectores natos del pueblo; las iglesias constituian su asi-

lo, y el púlpito vino á ser una tribuna, de donde partieron mil veces los más terribles acentos contra la opresion

Estalló el protestantismo en el mundo, preconizando una libertad, que no era por sin duda ni la de la religion ni la de la ciencia. Esta libertad, ganando igual terreno en la moral que en la política, y llegando á enseñorearse del mundo, naturalmente hubiera debido conducir á la sociedad por una carrera no interrumpida de turbulencias y trastornos, hasta una situacion más lastimosa que aquella á donde tendian á impelerla en los tiempos de barbarie los poderes indómitos de las antiguas tiranías. El clero entónces, á quien hemos visto ya en los tiempos anteriores á la reforma puesto del lado de la libertad para defender á los pueblos de la opresion, se atrincheró despues, digámoslo así, tras el baluarte de la unidad católica, y se colocó baja las banderas de la autoridad y de la ley, para defender á la sociedad, vivamente amagada por el despotismo de la razon y la anarquía de la creencia.

“Esta fué, dice el autor citado, una época de grande restauracion; y mientras el protestantis-

mo, dividido en mil sectas, recorria el mundo estableciendo la anarquía en el pueblo y el despotismo en el poder, el clero católico reformaba los abusos, volvía los hombres á la fé, reanimaba la caridad, creaba instituciones, vigilaba sobre la educacion pública, y arrojaba de todas y por todas partes semillas de virtud y de luz.”

“El clero no ha sido extraño á ninguna clase de progresos intelectuales; habia formado la lengua en las predicaciones, antes que los escritores la hubiesen formado en los libros. Nada es comparable con los trabajos del clero en la historia, en la ciencia, en las letras. Un benedictino era una academia viva, y hemos necesitado nada ménos que á un BOSSUET, para tener una idea de la elocuencia de Demóstenes.”

Despues de haber desempeñado durante el siglo XVII con tanta dignidad y tanta gloria la noble mision de que tratamos, el clero tenia que sostener la más terrible prueba que le han presentado los siglos. Vino el décimo octavo, y con él una graduacion desigual, lenta y aun insensible en sus principios, impaciente y activa en sus medios, iudómita y cruel en sus fines, de persecuciones deversas, en que se le disputaba todo, des-

de su filosofía hasta su existencia material. ¿Y qué sucedió? Oigámos aún al autor citado. "Después de haber enrojecido con su sangre los santuarios, salió de ellos penosamente, para ir á arrastrar entre los otros pueblos sus restos mutilados. La Inglaterra lo mismo que la España, la Alemania no ménos que la Italia, le abrieron asilos y le acogieron con admiracion y con amor, dando un testimonio, con estos distinguidos homenajes, de que el clero se conservaba digno de recobrar algun dia su mision interrumpida de enseñar á los pueblos, y de conducirlos igualmente al órden y á la libertad."

Sus glorias en el presente siglo, empiezan, señores, no lo habreis olvidado, con aquella resistencia noble y victoriosa que opuso á los avances del capitan de los tiempos modernos. "Pretendió Napoleon tender su espada sobre la inteligencia, y acabó su poder. Atacó á la Iglesia, y como ya la habia despojado de sus dominios, creyó fácil dominarla en sus creencias. El clero entónces, diezclado como estaba, envejecido, fatigado y consumido por tantas luchas, cuando ya no contaba sino con su miseria y su fé, resistió al vencedor de la tierra: ejemplo fatal para él, pues la Europa no llegó á conmoverse para destruirle, sino

cuando le vió tocar aquella frente que llevaba, como la de Moisés, el rayo celestial (1)."

Concluyamos: la Iglesia católica no es ménos grande en la época en que os dirijo la palabra, que en las más gloriosas de su historia: ahí está con su influencia universal, con su doctrina divina, con sus antiguos é ilustres establecimientos. Sus ministros recorren el mundo, difundiendo por él la civilizacion y propagando la fé: sus escuelas, están en todos los pueblos que el sol visita en su vasta carrera, y aunque la filosofía y la política intentan despedirla al mismo tiempo de las academias y de los palacios, ella domina sin esfuerzo por donde quiera que existen la inteligencia y el corazon. La caridad pertenece á la Iglesia, y la caridad, segun la bella frase de Fenelon, va más léjos que el orgullo. "Nuestros Misioneros, dice Lacordaire, están en todas partes, en las escuelas de Levante, en Armeria, en Persia, en las Indias, en la China, en las costas del Africa, en las islas de la Oceanía; en todas partes su voz y su sangre hablan á Dios; hemos

(1) LAURENTIE, Artículo citado.

fundado la *Asociación para la propagación de la fé*, ese tesoro del apostolado, sacando sueldo por sueldo del bolsillo del pobre, y llevando cada año recursos reales á las misiones más lejanas de la verdad. Los hermanos de las escuelas cristianas, revestidos de su humilde hábito, atraviesan incesantemente las calles de nuestras ciudades, y en vez de los ultrajes que recibían con demasiada frecuencia, no encuentran más que las miradas benévolas del obrero, el respeto de los cristianos, y la estimación de todos. Apóstoles oscuros del pueblo, crean sin ruido, introduciendo á Dios en la enseñanza elemental, una generación que reconoce en el sacerdote un amigo, y en el Evangelio el libro de los pequeños, la ley del orden, de la paz, del honor y de la fraternidad universal. No solo reciben la infancia á sus lecciones, sino que atraen á sí al adulto, y reconcilian su hábito con la chupa de buriel, y la tosca mano del trabajador terrestre, con la mano modesta del trabajador religioso.

“¿Queréis un espectáculo más consolador todavía, y que no ha tenido ejemplo en la antigua Francia? Mirad, he ahí, adolescentes, estudiantes, jóvenes, colocados á la entrada de todas las carreras civiles é industriales, sin distinción

de rango ni fortuna: la caridad cristiana los ha reunido, no para ayudar al pobre con un dinero *filantrópico*, sino para visitarle, hablarle, tocarle, ver y conocer su miseria, y llevarle, con el pan y el vestido, el rostro piadoso de un amigo. Cada ciudad, bajo el nombre de *Conferencia de San Vicente de Paul*, posee una fracción de esta joven milicia, que ha colocado su castidad bajo la guardia de su caridad; la más hermosa de las virtudes bajo la más hermosa de las guardias (1).”

Pues bien, señores, esta es la Iglesia católica: este es el gran cuadro de aplicación que da constantemente á sus principios y á sus máximas: su conducta está en el mayor grado de publicidad, y en el más alto punto de consecuencia: ella toca igualmente á la inteligencia con sus principios, á la sociedad con su historia. Debiera estar ya pacífica, porque no hay institución que cuente con la milésima parte de sus títulos: pero este reposo no será ¡vive Dios! como no ha sido,

(1) Sermon sobre la vocación de la nación francesa, predicado en Nuestra Señora de París el 14 de Febrero de 1841.

una conquista suya: es militante por naturaleza, y su perpetuidad no será la de una roca inerte, sino la de una nave que flota siempre entre las tempestades del Oceano, y siempre domina las olas en los tiempos de la borrasca, como preside al dilatado elemento en los pasajeros instantes de la serenidad. ¿Y la filosofía? ¿y la política anti-católica? Señores, estoy de buena fé, y os aseguro, que me fatigo en vano por encontrar esos objetos que debian realizar sus previsiones, y descubrir una sola institucion perfecta y estable que haga brillar en sí los caracteres sublimes de la inteligencia y del poder, ó más claro, de la verdad y la virtud. Si yo me propusiese argüir aquí con el sistema de los inconvenientes; si menos atento al interés de mi causa que á las inspiraciones del amor propio, me propusiese poner en claro toda la monstruosidad que caracteriza la conducta de nuestros adversarios; si consagrarse mi atención hácia ese conjunto maravilloso de absurdos, contraprincipios é inconsecuencias que pululan en el reducido período de la revolucion francesa, la materia no podia ser más fecunda. Pero hay puntos que no deben tocarse sino con una prudente reserva, y por tanto, reduciéndome aquí á lo muy preciso, voy á ofrecer un contraste, bien notable á la

verdad, sin salir de aquella misma tribuna de donde partieron todos los rayos que lanzaba la filosofía contra todas las instituciones más augustas y venerables que habian quedado en pié triunfantes de todas las vicisitudes de tantos siglos.